



ARQ

ISSN: 0716-0852

revista.arq@gmail.com

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Baros, Mauricio

Los desplazamientos del ocio

ARQ, núm. 74, abril, 2010, pp. 36-39

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=37516379007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¹ "Debemos nuestro concepto de ocio a la gente que, mucho antes de la Revolución Industrial, estaba obsesionada con hacer a otros trabajar." (N. del Ed.)

² "La costumbre italiana de villegiatura —sea vista como revival renacentista o como simple sobreviviente de antiguos hábitos romanos— se extiende a las elites de otras partes de Europa, de Amsterdam a Londres. La villa fue vista cada vez más como un lugar para actividades de ocio, especialmente durante el verano." (N. del Ed.)

³ "El cielo y la concha azul de la capital fueron el escenario de una batalla sideral entre las campanas, civiles y religiosas, grandes y pequeñas, todas dominadas por la sonoridad vibrante de L'Assumpta de la cathédrale." (N. del Ed.)

nas, los mestizos y algunos africanos libres asimilados a ellos" (De Ramón, 2000). Este es un ocio que resulta especial y espacialmente interesante pues está asociado al mundo no civilizado, que se caracteriza por ser desmedido y desbocado.

"Todo se suele hacer en medio de grandes banquetes y embriaguez, que es el vicio que más predomina en todos los indios universalmente a la manera que lo hacían los griegos en las fiestas bacanales, llamadas orgía". (Marino de Lovera, 1865)

Esto nos habla inmediatamente de una geografía ambigua del ocio, pues estos lugares, generalmente en los márgenes de la ciudad, quedaban fuera del espacio controlado por la traza urbana. Era en estos espacios de límites imprecisos donde se producía el desborde y la bacanal. Un caso claro y aún existente son las llamadas pampillas, como la descrita por Joaquín Vallejo en el denominado Campo de Marte: *"Embebida su atención en la muchedumbre de viajeros de todas clases que alcanza o encuentra por los callejones donde se ha metido, penetra de repente en los suburbios de la ciudad, en esos hormigueros de democracia, que, siempre en gresca i algazara, ofrecen de ordinario a las puertas de la capital, las mismas babeles dominicales de los campos de provincia, en que tienen lugar las partidas de chueca o las carreras de caballos."* (Vallejo, 1841–1847).

Eran espacios vacantes, vacíos, abiertos a lo improvisado; de ahí su atractivo popular que aún sigue existiendo en algunos lugares del norte de nuestro país.

Pero para la ciudad docta y regulada estos son lugares que hay que controlar. Junto con el arribo de la industrialización a nuestro país estos lugares serán desplazados nuevamente a los márgenes de la ciudad o aquellos sitios que se constituyen en verdaderas heridas urbanas, lugares que son los residuos de la modernidad, paños urbanos sin destino o retazos de territorio inútiles.

Estos lugares del ocio marginal han convivido siempre con los lugares del ocio festivo, quienes constituyen la cara oficial y permitida del ocio urbano y que tienen su antecedente en la fiesta religiosa.

LA FIESTA RELIGIOSA Y EL OCIO FESTIVO / Las religiones en general no sólo han tendido a practicar un ocio contemplativo sino que además han sido expertas en el manejo de las masas. La iglesia fue uno de los poderes que más proliza y cuidadosamente administraron el ocio colonial y para ello se creó un sistema muy sutil y hábil para controlar el ocio urbano. La iglesia supo controlar el tiempo y el espacio a través de dos instrumentos diferentes: el control acústico —que abarca desde una campanada hasta un rezo— y el control espacial mediante la fiesta urbana.

Somos una sociedad acostumbrada a marcar el umbral entre lo laboral y lo no laboral acústicamente antes que visualmente, ya sea a través de la campana de un iglesia, el canto de un gallo, el silbido de un tren, el timbre de un recreo, la alarma del reloj, el sonido del teléfono y otros. Este control acústico se hacía más omnipresente en el mundo colonial, pues desde el tiempo global hasta el tiempo personal transcurrían al ritmo eclesial.

*"Le ciel et la conque bleus de la Capitale, furent le théâtre d'une bataille sidérale entre les cloches, civiles et religieuses, grosses ou petites, toutes dominées par la sonorité virbrante de L'Assumpta de la cathédrale."*¹³ (Pereira Salas, 1966)

La importancia de esta marcación temporal obligó a que incluso tuviese que existir, como Pereira Salas señala, un *Reglamento de Toque de Campanas* promulgado en 1797 por el rey de España a pedido del gobernador de Chile. Por otra parte mientras las campanas normaban el tiempo urbano, a nivel personal el tiempo podía ser medido por un credo o un avemaría.

"Las sirvientas en sus actividades culinarias hacían uso del mismo tipo de control del tiempo: la cocción de un huevo, por ejemplo, en medida y santificada por un Ave María"

Por otra parte la fiesta religiosa era la excusa para la detención de las actividades laborales y el posterior aprovechamiento del tiempo para divertirse.

La fiesta en sí legitimaba la diversión al interior de la ciudad y era la expresión festiva en la cual se podía participar. Es por ello que igualmente tenía especial cuidado en el control temporal y espacial de estas fiestas, las cuales obedecían un calendario rígidamente establecido y exigían su participación respetando un protocolo previamente instituido. Esto no impidió que en el tiempo posterior a la celebración religiosa se continuase con los festejos en otro sector de la ciudad.

"El que la fiesta ahora sea sinónimo de desenfreno es porque inicialmente la fiesta religiosa, si bien tenía todo un objetivo político y social, era el pretexto para el ocio pues significaba la liberación del tiempo del trabajo." (Marfany, 1997)

Esto además explica por qué antes estas actividades se permitían en los tiempos festivos y no fuera de ello, es decir, ya la fiesta en sí misma como evento legitimaba el establecimiento de límites temporales y espaciales, donde se debían realizar y donde se permitían estos actos posteriormente condenados. La fiesta necesitaba licencia a estos comportamientos pues en su esencia es una celebración que transgredía los límites. El problema se presentaba en el control de este ocio festivo con posterioridad a la ceremonia religiosa.

Es precisamente este tiempo posterior a la fiesta, indefinido e incontrastado, que motivó una nueva regulación del ocio.

"Al tiempo ecuménico, litúrgico y monacal de la Iglesia se superpuso el tiempo municipal, ritmado por los sonidos musicales de las torres de vigilancia y los cantos de los canónigos de iglesia, tiempos burgueses medidos por la ingeniería mecánica de los relojes públicos." (Marfany, 1997)

Es así como vemos que en el espacio urbano logran coexistir estos dos tiempos: el ocio y su historia no es sino el sucesivo vaivén entre dos polos, el ocio y el trabajo, lo público y lo privado, lo contemplativo y lo festivo. Por un lado están quienes ejercitan libremente y por otro los sometidos al ocio regulado. Ese otro ocio debe ser administrado para que no haga abuso de él, en el nivel urbano y personal es entendido como el trabajador, operario y empleado. En un nivel más íntimo personal ese otro tradicionalmente ha sido la mujer, pues el control del tiempo y el espacio público ha sido eminentemente masculino.

"El lugar de las mujeres en el espacio público siempre fue problemático, por lo que en el mundo occidental que desde Grecia antigua piensa la ciudadanía y la política como núcleo de decisión y poder. Una mujer está siempre fuera de lo público." (Perrot, 1997)

La mujer está fuera del lugar público pues su lugar tradicional ha sido el confinamiento de su hogar. Así como los poderes y elites controlan el tiempo urbano, el hombre controla el ocio en el seno de su hogar y es por ello que el siglo XIX resulta especialmente atractivo, pues será el momento en que la mujer romperá los tradicionales límites impuestos sobre ella y lo hará precisamente desde uno de sus momentos de ocio.

TRANSGRESIONES DEL OCIO EN EL S. XIX: NUEVOS DESPLAZAMIENTOS / De la misma manera que las regulaciones laborales históricamente han regulado el tiempo del trabajo, la traza urbana ha igualmente controlado los espacios y lugares del ocio. La administración del ocio implica necesariamente un manejo en las técnicas de detención y disciplinamiento no solo de las mentes sino además de los cuerpos. Lo que se produjo a escala urbana se replicó en la escala íntima del hogar.



01 Rahotep y Nofret, 2613–2589 a. C. Museo del Cairo. Fuente: Archivo del autor



02 John Frederick Lewis, Señora recibiendo visitas (La recepción), 1845–1851. Fuente: *The Lure of the East*. Tate Publishing, Londres, 2008



03 Markos Botsaris, Jean-Léon Gérôme, 1874.



⁴ “El puritanismo, en su unión de conveniencia con el capitalismo industrial, fue el agente que mostró a los hombres la nueva valoración del tiempo, que enseñó a los niños tempranamente a mejorar cada vez más y que saturó la mente de los hombres con la ecuación tiempo es dinero.” (N. del Ed.)

aunque deleguen, en las mujeres la gestión de lo cotidiano.” (Perrot, 1997)

Han existido muchos sujetos a través de la historia que han sido utilizados para representar el ocio, de todos ellos el más universal sin duda ha sido el de la mujer. La representación de la mujer asociada al ocio es tan antigua como el ocio mismo.

Si hiciésemos una lectura retrospectiva podremos ver que a lo largo de la historia se ha construido todo un imaginario respecto de la supuesta inactividad de la mujer que data desde casi los mismos inicios de la civilización. Es una construcción finamente realizada, que parte en la vestimenta misma de la mujer, la cual, a través de pesados ropajes, velos, corsés y otros, ha visto primeramente atrapado su cuerpo. Luego continúan los espacios de confinamiento íntimo a nivel de su propio hogar y que se extienden a edificios públicos y al espacio urbano, donde a través de recursos legales, sociales, morales y religiosos constituyen una verdadera ciudad virtual, cuyos muros son reglamentos, prohibiciones y sanciones de diversa índole que regulan la correcta conducta de la mujer en la ciudad.

“El espacio de la ciudad nunca es sencillo para las mujeres.” (Perrot, 1997)

Ya en el s. xv a.C. vemos a una Nofret atrapada en un ceñido vestido junto a su Rahotep, su marido, en una estatua funeraria del Egipto Antiguo. Su rostro blanco que contrasta con el tostado color de su marido denota que ella no realiza labores en el exterior, pues se mantiene encerrada en su hogar. Su ceñido vestido es claro indicio de su inactividad, pues resulta incómodo para cualquier labor, contrastando con la liviana falda de su esposo. Este apresamiento simbólico de la mujer no es sino un instrumento de posesión espacial de su cuerpo. Demóstenes en el s. iv a.C. decía: “Tenemos heteras para nuestro placer, concubinas para servirnos y esposas para el cuidado de nuestra descendencia.” (Pomeroy, 1987)

El cuidado y resguardo de la mujer generó toda una arquitectura cuyo principal objetivo fue administrar el ocio de la mujer. Mientras el poder local regulaba el ocio urbano, el hombre lo hacía al interior de su propio hogar.

“La separación física de los dos sexos se llevaba a cabo con especial énfasis en sus respectivos ámbitos espaciales. Mientras los hombres pasaban la mayor parte de su tiempo en lugares públicos como la plaza del mercado y el gimnasio, las mujeres respetables permanecían en sus casas.” (Pomeroy, 1987)

Fueron siglos de enclaustramiento en gineceos, matroneos, harenes, conventos, velos y mantos, que mantuvieron el control sobre la actividad de la mujer. Es muy interesante notar entonces que el nacimiento del ocio contemporáneo haya ocurrido en el mismo momento que la mujer se liberara de todas estas ataduras, hecho que no parece ser fortuito, sino que está completamente relacionado, como veremos a continuación.

Es en el s. xix que se produce la principal disrupción a este estado de cosas y la mujer lo realizará nada menos que en sus momentos de ocio. Los instrumentos que utilizará serán la lectura y la escritura.

“La lectura, placer tolerado o conseguido, fue para muchas mujeres un modo de apropiarse del mundo, del universo exótico de los viajes y del universo erótico de los corazones.” (Perrot, 1997)

Es justamente en el momento que la mujer está incorporándose activamente al campo laboral que comienza una creciente visualidad del ocio como nunca antes y cuyo principal protagonista será la mujer.

“Hombres ocupados, atareados vestidos de negro, contrastan con mujeres ociosas y entregadas a una mundanidad tan frenética como ritualizada.” (Perrot, 1997)

más allá de su confinamiento, con relatos de mundos exóticos y lejanos resultaban atrayentes. Fueron ellas las que permitieron romper con las barreras mentales, miedos y prejuicios, para aventurarse en un mundo fuera de las rutinas de lo habitual y lo cotidiano. En segundo lugar su rol de escritora le permitió a la mujer salir al mundo público. Así conquistarán primero este espacio literario, seudónimo literario, apareciendo posteriormente como figuras reales.

El s. xix fue un período en que se practicaron estos viajes imaginarios impulsados por la lectura y la pintura. No sólo se atravesaban las fronteras de lo cotidiano —entiéndase como *lo europeo*— sino además la mujer estaba cruzando sin temor las propias fronteras sociales. Es por ello que el exotismo y la mujer son sujetos de moda en el s. xix. El primero es producto del romper las barreras del mundo cotidiano europeo, hacia mundos y espacios imaginarios más allá de las fronteras de lo habitual. Esto es lo mismo que estaba haciendo la mujer en su propia vida, rompiendo las barreras del espacio íntimo del hogar en que se mantenía, escapando del poder masculino que la mantenía enclaustrada.

Es en este mismo momento que el mundo europeo, bajo el influjo del mismo anglosajón, estará erradicando definitivamente los últimos vestigios de una vida contemplativa, que cada vez será el privilegio de una élite menos numerosa. La nueva ética puritanista asociará este tipo de vida con la acidia y la pereza, por ello que simbólicamente las representaciones del ocio también se desvanecen, ahora a un mundo extraeuropeo.

“Puritanism, in its marriage of convenience with industrial capitalism, was the agent which converted men to new valuations of time; which taught children even in infancy to improve each shining hour; and which saturated men’s minds with the equation, time is money”⁴ (Thompson, 1967)

Es así como en un nivel íntimo la mujer desplaza la frontera de sus espacios de ocio al ámbito urbano. A un nivel global, el ocio es desplazado hacia regiones consideradas no civilizadas, alejadas aún del progreso como podían ser el Oriente, Lejano Oriente o Latinoamérica.

De aquí nace la idea de asociar el ocio con lugares exóticos. Los límites de la gran urbe parecen haber crecido, generando una nueva periferia que alude al mundo global y en donde es posible proyectar el abanico de actividades con que el ocio es asociado, siempre en destinos alejados, pero ahora convenientemente para ser disfrutados y preparados para ejercitarlo.

La creciente precisión temporal y espacial entre tiempo útil y espacios del ocio ha permitido crear verdaderos reductos destinados específicamente para el ocio, que no son sino una amalgama de elementos del imaginario aludido. Palacios, playas, arenas y edificios blanqueados son posibles de encontrar en cualquier lugar —los hemos etiquetado como *resorts*— y nos entregan un ocio encapsulado y garantizado, en donde se busca entregar la idea de un tiempo detenido, un tiempo perdido, con entretenimientos abiertos las 24 horas del día. Nos dan la ilusión de una libertad que se perdió hace mucho tiempo, desde que el ocio se convirtió en un negocio. ^{ARQ}

Bibliografía

Burke, Peter. “The Invention of Leisure in Early Modern Europe”. *Past & Present*, N° 146. University Press y Past and Present Society, Londres, febrero de 1995. / *Colección de documentos de don Joaquín Vallejo*. Jotabeche 1841 – 1847. Imprenta del Deber, Valparaíso, 1847. / Ramón, Armando. *Santiago de Chile*. Editorial Sudamericana, Santiago, 2000. / “L’évolution de la notion du temps et les horlogers à l’époque coloniale au Chili. Eugenio Pereira Salas. *Annales*. Économies, Sociétés, Civilisations, vol. 21, N° 1. París, 1966. / Marfany, Joan-Lluís. “The Invention of Leisure in early Modern Europe”. *Past & Present*, N° 156. Oxford University Press y Past and Present Society, Londres, agosto de 1997. / Mariño de Lovera, Pedro. “Crónicas del Reino de Chile”. *Colección Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional*. VI. Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1865. / Melmoth, William. *The Letters of Pliny the Younger*.